

LA ÉTICA REVOLUCIONARIA EN BLAS INFANTE

Carlos Ríos

Sirvan estas páginas para destacar una de las facetas que más llaman la atención del pensamiento de Blas Infante: la dimensión ética y moral que para él ha de tener la nueva sociedad. Este aspecto, central en las concepciones políticas del protosocialismo infantista, es desarrollado por Blas Infante de forma amplia. Especialmente en su obra “La dictadura pedagógica”, aunque es una constante que atraviesa todo el pensamiento infantiano. Una constante de marcado carácter rupturista, que entronca de forma directa con las reflexiones que desde el marxismo realizó Ernesto “Che” Guevara sobre la ética de la Revolución y el revolucionario.

ASPIRANTES A SER COMUNISTAS...

En ocasiones, Blas Infante ha sido considerado injustamente como un político burgués por parte de la izquierda españolista y cegata. Su programa político tiene como eje central de reflexión la consideración de Andalucía como un sujeto colectivo con un devenir histórico propio y determinado. El análisis de una realidad concreta y unas circunstancias concretas. Lo expresa en una entrevista en el año 1919:

“Nosotros venimos a vaciar nuestras ideas y sentimientos en los moldes del dolor de nuestra Andalucía hambrienta y vilipendiada, esclava de caciques y prostituta de toreros. Y de esos moldes salieron construidos nuestra doctrina, nuestra organización y nuestro programa.”

Aplíquesele al notario de Casares el beneficio de la duda al menos y adentrémonos en su pensamiento político muy alejado del que nos ha querido vender el sistema.

El Blas Infante burgués, tan querido y propagado por el régimen actual, es falso. Aquellos que lo falsearon, fueron en primera instancia el andalucismo regionalista predominante en los años 80, que pretendían acomodar la obra del andaluz de Casares a su proyecto institucional, regionalista y social-liberal. Moldearon y

recortaron el pensamiento infantista. Como en el mito griego del lecho de Procusto, alargaron aquello que les interesaba y mutilaron lo que “sobraba”, lo que no les interesaba. Ante esta situación el nacionalismo español las tenía todas consigo para arrinconar a Blas Infante en un párrafo final de los libros de historia de los escolares andaluces.

El proyecto infantista fue esencialmente transformador, revolucionario. Si tuviera que juzgar el carácter de su obra y su programa, me acogería gustoso a la reflexión de Ernesto Guevara cuando analiza la ideología de la Revolución cubana:

“la Revolución puede hacerse si se interpreta correctamente la realidad histórica y se utilizan correctamente las fuerzas que interviene en ella, aún sin conocer la teoría “.

El andalucismo de Infante es revolucionario y popular. Por mucho que desde el poder y las instituciones se pretenda mostrar al Padre de la Patria Andaluza como un elemento descafeinado y burgués, Infante se identifica inequívocamente con la aspiración a una sociedad nueva, una sociedad comunista. En sus trabajos distingue, profundizando el significado de llamarse comunista, entre dos tipos de comunistas:

“hay dos clases de comunistas, la de aquellos que aspiran, mediante el esfuerzo propio a engrandecer su vida para darla toda a la comunidad; y la de aquellos que esperan en que una colectividad, formalmente comunista, venga a satisfacer las exigencias de su propia vida individual... ..Comunistas que aspiran a dar y comunistas que aspiran a recibir.”

Introduce aquí una diferencia entre el sujeto partidario de un nuevo modelo de organización social por las necesidades materiales más inmediatas y evidentes y los elementos de vanguardia. Los militantes que de forma premeditada, consciente y planificada sostienen una actividad política durante décadas para preparar al momento revolucionario por una parte y por otra al pueblo que hace las revoluciones y tumba tiranos que ha soportado durante años. Infante se sitúa entre *los comunistas que aspiran a recibir* siguiendo sus propias palabras:

“Somos o aspiramos a ser comunistas de la primera especie. Y decimos, aspiramos a ser, porque nuestra modestia se resiste a conferirnos con este nombre de comunistas, expresión cuyo concepto verdadero es la esencia de una pura y excelsa santidad”

La expresión vislumbra la consideración del proyecto revolucionario que tiene Infante, que se adelanta a su tiempo dándole el peso que requiere a los aspectos éticos de la acción transformadora. El ser comunista implica para él una entrega a lo colectivo que califica de santidad. Por ello se atribuye el título de *aspirante a comunista* de esta especie. Ernesto “Che” Guevara hablándole a la juventud

cubana cuatro décadas después, también elige curiosamente la misma denominación para sí mismo:

“Acordarse, como debemos acordarnos nosotros, aspirantes a comunistas aquí en Cuba, que es un ejemplo real y palpable para toda nuestra América, y más aún que para nuestra América, para otros países del mundo que luchan también en otros continentes por su libertad, contra el colonialismo, contra el neocolonialismo.”

En los inicios de los años 20 no oculta Infante sus críticas con los primeros pasos vacilantes de la Revolución de Octubre, que es acechada por los gobiernos burgueses del planeta como el primer gobierno de “los desheredados”. Ve la misma con recelo, ante la lentitud de las transformaciones que el país de los soviets pone en marcha. Manifiesta su desacuerdo con las primeras medidas de 1918 que considera insuficientes, especialmente las referidas al mantenimiento inicial de la estructura de la propiedad:

“La Dictadura del Proletariado por conservarse, en vez de operar la socialización fundamental; esto es, la de las tierras, individualiza de hecho, formas colectivas de la propiedad como la zadruga y el mir... .. porque las tierras de aquellas instituciones, así como grandes propiedades nacionalizadas, fueron repartidas en porciones entre soldados y campesinos. “

La postura, más allá del extenso debate acerca de los rumbos primigenios de la sociedad soviética y las circunstancias internas e internacionales que los condicionaron, sitúa a nuestro personaje en una postura abiertamente partidaria de la colectivización inmediata. Porque para el Blas Infante que existió realmente la necesidad de revolucionar la estructura de la propiedad de la tierra es constante e imprescindible. La tierra para el Pueblo Trabajador Andaluz en un sentido económico, pero también profundamente político. En fechas aún iniciales de su actividad política, aproximadamente en 1915, escribe:

“Del solar andaluz ha de manar, principalmente, la vida de Andalucía, que fue grande cuando su solar fue espléndido y hermoso. Y para que vuelva a serlo hay que arrancarlo al actual régimen tiránico de propiedad; tomarlo de los señores que, en horrible experiencia de lustros de siglos, han demostrado convierte su acción en eriales y desiertos, los pobres campos que hoy sienten la nostalgia de sus galas de jardines, y nacionalizarlo o regionalizarlo; es decir, entregarlo al pueblo, para que, del mismo modo que en felices edades pasadas, lo ame y fecunde. “

La interpretación de la realidad histórica andaluza hecha por Infante lo lleva no solo a criticar las medidas de Lenin sino que apela a la acción política entre sus coetáneos. De forma coherente llama a la ejecución de lo que considera “el paso primero” previo a cualquier otra medida política a tomar en Andalucía. La conferencia que pronuncia en 1916 en el Centro Obrero Socialista, en la calle Cruz Verde de Sevilla, es reveladora de ese orden de prioridades. Sitúa el pensamiento

de Infante en una radicalidad superior a la izquierda reconocida de entonces y hace palidecer el Infante que desde las instituciones, especialmente desde la Junta, se proyecta a l@s trabajadores/as andaluces/zas:

“Vosotros que aspiráis al comunismo integral, a socializarlo todo, ¿por qué no empezáis a socializar la tierra? ¿Es que la socialización de la tierra os iba a impedir alcanzar la socialización absoluta? ¿No es verdad que al socializar la tierra habríais conseguido la parte principal de vuestro programa? ¿Es que al tomar parte en esa cruzada de la socialización del suelo exige siquiera la abdicación de vuestros ideales absolutos?”

Qué creéis, ¿Qué todo debe socializarse, pues qué perdéis por alcanzar la socialización principal, la de la tierra? Si conseguida no os satisface podréis seguir trabajando por socializarlo todo. Pues que, el creer que una cosa debe realizarse por entero es obstáculo para empezar su realización parte.”

La Reforma Agraria es una necesidad imperiosa en un país fundamentalmente agrario y sumergido en el subdesarrollo como Andalucía. Esta necesidad guía sus críticas vehementes. Una muestra del fondo profundamente transformador del proyecto político infantista. Proyecto revolucionario en la teoría y sobre todo en la práctica. La necesidad de revolucionar la estructura de la propiedad en Andalucía le hace acercarse al georgismo y, tal como se introduce en este movimiento, ser expulsado por las concepciones excesivamente radicalizadas de Infante. No cabe duda que esta es una de las razones de la animadversión que la burguesía andaluza, asentada en el latifundio como forma de dominación del Pueblo Trabajador Andaluz y hacia esta tierra, manifestó hacia Infante.

EL PROBLEMA DE LOS DIRIGENTES

Infante plantea su concepto de Dictadura Pedagógica como una digresión al concepto leninista de dictadura del proletariado. Con esta conceptualización pretende incidir en la necesaria capacitación no solo técnica o política, sino ante todo ética, moral, de los dirigentes. Para Infante lo fundamental es generar una dirigencia capaz de asumir moralmente la dirección social de la empresa revolucionaria. Y paralelamente la principal acción de los destacamentos organizados del proletariado ha de ser de preparación ética y moral:

“El ejército del proletariado debe ordenarse como instrumento para la creación del alma comunista; o lo que es lo mismo, del poder capacitado para llevar a cabo esta misión.”

Blas Infante conoce a Marx principalmente a través de fuentes indirectas, pero sus concepciones sobre la necesidad de una Dictadura Pedagógica que sea capaz de generar cuadros dirigentes para la sociedad comunista vienen a coincidir en el

tiempo con las reflexiones que realiza el propio Vladimir Ilich Lenin a propósito de las perspectivas que se le abren al primer gobierno proletario de la humanidad. Aproximadamente en las mismas fechas en que Infante escribe los artículos que darán lugar a su obra La dictadura Pedagógica, Lenin en su artículo de 1923 titulado "Sobre la cooperación", reflexiona sobre el peligro de burocratización y anuncia la necesidad de que el socialismo llegue al medio rural soviético a través de las cooperativas de campesinos, en semejanza al concepto de "control obrero" que desarrolla en las ciudades. Partiendo de presupuestos distintos Lenin llega a una conclusión sobre la posibilidad de implantar este modelo:

"Propiamente hablando sólo nos queda una cosa: elevar a nuestra población a tal grado de "civilización", que comprenda las ventajas de la participación de todos en las cooperativas, y que organice esta participación, "solo" eso. No necesitamos ahora ninguna otra clase de sabiduría para pasar al socialismo. Mas para realizar ese "solo", es necesaria toda una revolución, toda una etapa de desarrollo cultural de la masa del pueblo".

Hay un paralelismo entre la revolución cultural que Lenin se plantea para el medio rural ruso y el concepto que formula Blas Infante de "Dictadura Pedagógica", si bien en Infante pesan de forma especial las influencias libertarias que recibiría a través de amistades como el doctor Pedro Vallina y del anarcosindicalismo muy presente en el ambiente obrero andaluz de principios de siglo. Blas Infante lo plantea así:

"Este es el problema: porque repetimos nuestro dogma. Todas las creaciones orgánico-sociales que vinieran a establecer cualquier Revolución, encaminada hacia el fin de instaurar el comunismo social, serían completamente inútiles, en el estado de conciencia social que alcanzan actualmente los individuos humanos. El grado actual de desarrollo de los instintos vendría a reflejarse enseguida en la organización social, pese a todas las combinaciones y previsiones orgánico-revolucionarias; y en definitiva, una misma esencia; un mismo alma; y a la postre una semejante estructura orgánica, vendría a tener la Sociedad que así se construyera".

Blas Infante se plantea el problema de la conciencia del revolucionario y de los dirigentes de la Revolución. Su inquietud está justificada por su posición con respecto al concepto de dictadura del proletariado. Una postura definida en primer término por su convencimiento de una victoria segura del socialismo sobre la dictadura del capital:

"La Revolución proletaria y su fórmula la Dictadura del Proletariado, en plazo más o menos lejano, pero siempre breve, dentro de la magnitud de los términos seculares de la Historia, llegará a dominar el mundo."

Y en segundo lugar por su profunda aspiración a una sociedad sin clases, en la que han de ser vanguardia dirigente aquellos elementos de la sociedad más cualificados moral y éticamente para ello:

“Así se formará el núcleo de los mejores hijos del pueblo. El pueblo vendrá a ser regido por sus hijos mejores, único modo de autogobernarse. Tendremos la forma de gobierno natural: gobierno del pueblo por sí mismo, representado por sus hijos mejores.”

Una concepción que se acerca a las concepciones leninistas, expresadas de forma más exacta y menos ecléctica por el Lenin que por Blas Infante, pero con una idea de fondo común:

“Se comprende que mientras subsista el régimen capitalista, del que son compañeros inseparables la miseria y el atraso de las masas populares, el proletariado no podrá elevarse todo él hasta el nivel deseado de conciencia, y que, por tanto, se precisa un grupo de dirigentes conscientes, que instruya en los principios socialistas al ejército de los proletarios, lo agrupe y lo dirija durante la lucha...”

A pesar de sus críticas, Infante ya vislumbra en los primeros años tras la Revolución de Octubre esta tarea en el proceso revolucionario abierto en territorio soviético. Contempla en la revolución bolchevique los primeros elementos que habrían de dar lugar a la sociedad comunista futura:

“Nosotros aseguramos que, además, es la dictadura del proletariado la más transitoria de todas ¿No veis a Lenin, apenas iniciada la revolución de la conciencia rusa, pasada la reacción contra el régimen zarista, convertido ya en dictador pedagógico?”

Así viene a conectar Infante, de forma inconsciente pero certera, con la problemática que se plantea en las mismas fechas el dirigente ruso.

EL COMUNISMO ES UN FENÓMENO DE CONCIENCIA

En la dimensión ética del pensamiento político de Infante se encuentran muchas similitudes con la importancia que Ernesto Guevara le confiere a la conciencia, como elemento vertebrador del proceso y la acción revolucionaria. Dice el “Che”:

“Desde nuestro punto de vista el comunismo es un fenómeno de conciencia, y no solamente un fenómeno de producción. No se puede llegar al comunismo por la simple acumulación mecánica de cantidades de productos puestos a disposición del pueblo. No se puede llegar a lo que Marx define como comunismo si el hombre

no es consciente, si no tiene una conciencia nueva ante la sociedad. Para ello tenemos que separarnos lo más posible de los estímulos materiales sin dejar de reconocer los estímulos materiales como necesarios en estos momentos, sin plantearnos una situación ideal o ilusa. Tenemos que reconocer esa herencia capitalista como un mal y este es el punto fundamental en el que disentimos del llamado “estímulo económico en el cálculo económico”. Para nosotros el interés moral es una cosa básica y el interés material un mal reconocido.”

La dimensión ética del comunista se plasma en el concepto de trabajo voluntario que décadas después implantará Ernesto Guevara de la Serna en Cuba. El trabajo voluntaria era definido como:

“una escuela creadora de conciencia, es el esfuerzo realizado en la sociedad y por la sociedad como aporte individual y colectivo y va formando esa alta conciencia que nos permite acelerar el proceso de tránsito.”

Una frase del Padre de la Patria Andaluza expresa en forma mucho más sintética la cuestión de la conciencia. El fondo es el mismo que expresaba en 1963 el argentino Guevara, aunque formulado 40 años antes:

“El actual problema es ante todo, problema de inspiración espiritual: de metafísica, de Moral”

¿Es esta coincidencia casual? En la historia pocas cosas ocurren fruto del azar. Hay un elemento común a las sociedades en las que tanto el andaluz como el argentino-cubano se desarrollaron. Hay un factor que determina ambas sociedades, la Andalucía de principios de siglo y la Cuba que acaba de despertar en una revolución. Este no es otro que el subdesarrollo. El subdesarrollo que ha grabado en ambas sociedades, aún encontrándose en momentos históricos diferentes, generaciones de trabajadores que no pueden satisfacer sus necesidades materiales más inmediatas.

Tampoco es casualidad que como Ernesto “Che” Guevara Blas Infante, en su crítica a la Revolución Rusa por lo que él considera un excesivo moderantismo, muestre su desagrado ante los estímulos materiales y otros resortes a los que recurre. Aunque reconoce el lastre que supone la degradación material a la que ha sido sometido los pueblos trabajadores bajo la bota del imperio zarista:

“la Dictadura del Proletariado tienen necesidad de acudir a idénticos resortes o estimulantes que la Dictadura burguesa, respondiendo al grado actual de evolución del espíritu de los hombres; comprando con premios, cintajos o bisuterías las motivaciones santas.”

Su desacuerdo parte de una visión dialéctica del comunismo. Si hablábamos más arriba de su distinción entre dos tipos de comunistas, también diferencia entre

dos tipos de ordenación socialista de la sociedad. Entre un comunismo de los valores sociales (“*un problema de actual justicia económica*”) y el comunismo de los valores individuales (“*un problema de reforma espiritual: de máxima consciencia*”). Para Blas Infante el conflicto procede de su presupuesto de que será el comunismo de valores individuales, como un fenómeno de conciencia, el requisito previo indispensable para la construcción de la sociedad comunista. Para él la semilla generadora de la nueva sociedad es la ética. Repite la misma idea, formulada de otra manera:

“El Ideal que venga a crear la Sociedad comunista, ha de ser, pues, de índole religiosa o moral”.

Una ética que ha de guiar la acción política puesta al servicio del pueblo trabajador:

“Dimos una norma altruista inspiradora de un proceder práctico, convirtiendo la acción política en acción social y de defensa concreta de los intereses del pueblo.”

Esta concepción ética revolucionaria, enmarca y vertebra su proyecto de Andalucía. Un proyecto tan nacionalista como, finalmente, internacionalista. No podía ser de otra forma si por encima de las consideraciones económicas o políticas el programa infantista prioriza la ética revolucionaria:

“El fin natural de la existencia de un pueblo es, como el de la existencia de un individuo, el de engrandecerse por sí, pero no para sí, sino para la solidaridad entre los hombres, es decir: para los demás pueblos de la Tierra.”

LA DIMENSIÓN ÉTICA DE INFANTE EN LA ANDALUCÍA ACTUAL

Llegados a este punto, es de interés preguntarse ¿Tiene alguna vigencia la dimensión ética del andalucismo infantista en la Andalucía actual? Y si la tiene ¿de qué nos puede servir esta perspectiva en la construcción de una Andalucía libre?

La Andalucía actual ha cambiado mucho con respecto a la Andalucía de inicios del siglo XX, sin dejar de ser la misma. No es contradictoria esta consideración. Si bien ha habido un progreso material en cuanto a las necesidades vitales más inmediatas del Pueblo Trabajador Andaluz, la Andalucía actual sigue sufriendo internamente una polarización profunda de la propiedad y de la riqueza. La riqueza que poseen de forma ostensible unas clases dominantes que han cambiado muy poco en los últimos cien años. En muchos casos son las mismas familias, los mismos apellidos, los que ocupan los primeros cargos de relevancia en la vida política, económica y cultural de Andalucía, de sus pueblos y ciudades. Pero no solo hay continuidades en su propia estructura interna. Externamente Andalucía

sigue jugando el papel secular de nación oprimida, de soberanía usurpada, y sometida a los dictados y necesidades de la economía española, europea y mundial. Es decir de la oligarquía española y del imperialismo. No podía ser de otra manera, que lo externo y lo interno evolucionen de forma similar, si en ambos casos Andalucía y sus habitantes son recursos para el sistema imperialista mundial.

Por lo tanto, si las transformaciones no han sido profundas sino superficiales los problemas fundamentales han de seguir siendo muy parecidos. Y Blas Infante no se equivocaba al hablar de la transformación de las conciencias como elemento imprescindible para la transformación social. Si observamos Andalucía en los últimos 75 años los hechos no han hecho sino darle la razón.

Fijémonos para ilustrar esta afirmación en dos ámbitos distintos pero bien representativos de la realidad del país andaluz, los sindicatos y los ayuntamientos.

Tras más de 30 años de legalidad, las centrales sindicales “mayoritarias” (es decir CCOO y UGT), donde se ha ubicado desde la transición buena parte de la izquierda en Andalucía, se caracterizan por estar más cercanas al régimen que a los propios trabajadores. Han desaparecido los mínimos éticos y morales en las prácticas de unos sindicatos (especialmente CCOO ya que es donde algunos se reivindican aún como comunistas) que en nombre de los intereses de los trabajadores/as actúan en beneficio de los suyos propios, traicionando una y mil veces las luchas obreras. Valga como ejemplo el apoyo de la sucursal andaluza de CCOO al reciente Acuerdo Social y Económico o a las distintas Reformas Laborales que se están implementando. La eliminación de las asambleas de trabajadores/as, la delegación en los liberados profesionalizados y perpetuos, la dirección por parte de burocracias sindicales, la falta de control obrero o simplemente el no conocer quiénes firman los convenios de sector porque nunca han aparecido en los tajos de las empresas pequeñas y medianas son elementos definitorios del sindicalismo del régimen. Una vez que ya no hace falta consultar a los trabajadores/as, los chanchullos, los “arreglos” y el dejarse sobornar es mucho más fácil y han dejado campo abierto para las prácticas burocráticas y corruptas del sindicalismo oficialista. La financiación que el Estado Español y la patronal facilitan a su sindicalismo “conciliador” y “responsable” es motor de las traiciones de unos sindicalistas que han perdido cualquier atisbo de conciencia, cualquier sentido de la ética. Como bien señalara Blas Infante, el problema es fundamentalmente de conciencia, “*de carácter moral*”.

En los ayuntamientos se ha vivido un proceso similar. La mayoría de los ayuntamientos están dominados por las prácticas corruptas y clientelares del caciquismo de antaño. De derecha a izquierda, en la mayoría de los ayuntamientos el acceso al gobierno local es una lucha en definitiva por ampliar y controlar a un mayor número de población con la que se establecen relaciones de interés y dependencia a corto plazo. Los ayuntamientos y las concejalías se han convertido

en un mero instrumento de control social por parte de las minorías de profesionales de la política. Y a este esquema de funcionamiento se han sumado la inmensa mayoría de alcaldes y concejales (con honrosas excepciones). La ética quedó para otro día y es frecuente encontrar en los periódicos casos confirmados de corrupción municipal donde pretendidos “comunistas” participan de las mismas prácticas mafiosas de los demás. ¿Como explicar sino los numerosos acuerdos municipales entre partidos favorables y contrarios a la Reforma Laboral? ¿Cómo explicar que la inmensa mayoría del espectro político andaluz haya participado como uno más de las redes clientelares y las prebendas como forma de sostenerse en el poder?

En ambos casos subyace una realidad que ya pronosticó Blas Infante certeramente. El subdesarrollo. El subdesarrollo que facilita la corrupción en aquellos que no están armados con la mayor y más letal arma revolucionaria del militante comunista, la ética. El subdesarrollo podríamos definirlo, de forma simple y limitada a una formación social, como ese estado continuo del ser colectivo en el que las necesidades básicas no son satisfechas. Un estado que se hereda de una generación a otra hasta penetrar y formar parte de la memoria colectiva. El subdesarrollo moldea conciencias y transforma comportamientos en aquellos que lo sufren. La sabiduría popular lo ha llamado el “hambre atrasada”, que hace de las más firmes convicciones algo tan blando como la mantequilla ante un cuchillo caliente cuando se contraponen a las prebendas. El “Che” se encontró con una realidad similar en la Cuba de principios de los años 60. El si conocía la teoría, pero el análisis fue similar al de Infante 40 años antes. No es otra la razón por la que Infante coincide en algunos de sus análisis con Lenin en los años 20. Y esa es la razón que explica que Ernesto Guevara de la Serna llegara a las mismas conclusiones cuarenta años después y con un océano de por medio.

Por ello concluyo en el convencimiento de lo imprescindible de la dimensión ética del pensamiento infantista en la Andalucía actual. Esta aportación de Blas Infante lo confirma como un autor fundamental en la teoría y práctica de la liberación andaluza. La izquierda del régimen, españolista y domesticada, olvidó la ética revolucionaria como un elemento a considerar en la práctica cotidiana. Los resultados están a la vista. Tres décadas de retrocesos y pérdidas de capacidad de movilización y lucha, de pérdida de contrapoder en definitiva de las clases populares andaluzas ven cada vez más claro la traición que han sufrido. La izquierda independentista andaluza tiene la tarea de volver a situar como elemento central de las luchas y los procesos populares la ética revolucionaria. Y de denunciar aquellos que se dejen pudrir por el interés personal. Una Andalucía Libre será ante todo una Andalucía de conciencias despiertas, de militantes “en constante proceso de mejoramiento”. ¿Por qué no? Donde todos seamos permanentemente, como dijera Blas Infante y “Che” Guevara, *aspirantes a comunistas*.